

SOBRE EL HIDRÓNIMO NEILOS: LA RAÍZ RELIGIOSA, SIMBÓLICA Y TANGIBLE DE SU SIGNIFICADO¹

The meaning of the hydronim Nile. The lexical, conceptual and symbolic context

José Ramón AJA SÁNCHEZ

Prof. Titular de Historia Antigua (Universidad de Cantabria)

e-mail: jose.aja@unican.es

Fecha de aceptación definitiva: 24-09-2008

BIBLID [0213-2052(2008)26;303-313]

RESUMEN: El presente trabajo pretende ser un breve compendio de documentos de muy diferente naturaleza y procedencia (estelas, papiros, narraciones literarias breves; egipcios, griegos y romanos) que ayudan a comprender mejor el significado auténtico del hidrónimo *Nilo*. Evidencian el contraste con respecto al contexto terminológico, conceptual y simbólico relacionado con la denominación del río egipcio a lo largo del Egipto faraónico. Ese contraste es en algunos aspectos más profundo de lo que suele suponerse.

Palabras clave: Egipto faraónico/greorromano, fuentes escritas, culto a Hâpy/Neilos.

1. Las referencias a papiros se ajustan a las abreviaturas establecidas en el standard de J.F. OATES, R.S. BAGNALL, S.J. CLACKSON *et alii*: *Checklist of Greek, Latin, Demotic and Coptic Papyri, Ostraca and Tablets* (<http://scriptorium.lib.duke.edu/papyrus/texts/clist.html>). Las de revistas, colecciones y series, a las abreviaturas establecidas en la *L'Année Philologique*. Se tendrán en cuenta estas otras abreviaturas utilizadas:

BL = *Les Belles Lettres*, Paris.

CF = *Coffin Texts* (ed. A. DE BUCK: *The Egyptian Coffin Texts*, 7 vols., Chicago, 1935-1961).

CSCO = *Corpus scriptorum christianorum orientaliū. Scriptores copticī.*

IFAO = *Institut français d'archéologie orientale*, El Cairo.

Loeb = *The Loeb Classical Library*, Cambridge (Mass.) y Londres.

Pyr. = *Textos de las Pirámides* (ed. K. SETHE: *Die Altägyptischen Pyramidentexte*, 4 vols., Leipzig, 1908-1922).

SC = *Sources Chrétiennes*, Paris.

ABSTRACT: This work presents a summary of documents of a diverse nature and provenance (stelae, papyri, short literary stories; Egyptian, Greek and Roman) contributing to a better understanding of the true meaning of the hydronim *Nile*. These documents contrast with the lexical, conceptual and symbolic context related to the name of the Egyptian river during pharaonic times. This contrast is, on occasions, deeper than expected.

Key words: Ancient Egypt, religion, Hâpy/Neilos, documental evidence.

La devoción religiosa a los ríos estuvo siempre ampliamente extendida entre las culturas del Mundo Antiguo. Pocos como el Nilo –por no decir ninguno– consiguieron además, no ya que se convirtiera en uno de los ejes vitales de la civilización milenaria a la que perteneció, sino que además su adoración traspasara las fronteras de su genuino y natural marco geográfico, cultural y religioso.

Desde los tiempos más tempranos de la civilización egipcia hasta el propio final de la Antigüedad, el Nilo, o mas bien su crecida anual, como ahora se verá, fueron reverenciados en Egipto no solo como objetos de culto público y estatal, sino también –y sobre todo– como una de las devociones populares más arraigadas en el país. Nadie, ni tan siquiera el cristianismo egipcio tardoantiguo, conseguiría nunca desplazar de la devoción popular al «muy santo Nilo», y ninguna autoridad civil o religiosa se lo llegó a plantear nunca seriamente². De hecho, la devoción al río egipcio habría de sobrepasar la frontera cronológica del Egipto cristiano y tener una activa presencia a lo largo del Egipto árabe y medieval. Todavía hoy es posible rastrear esa devoción en ciertas zonas de África, esto es, entre los campesinos *cristianos* de las montañas de Etiopía y entre los pastores *musulmanes* nubios del Sudán, si bien estos últimos la han ido perdiendo progresivamente a raíz de la brusca expulsión de sus antiguos territorios por causa de la construcción de la presa alta de Asuán y del «Lago Nasser».

Los fundamentos físicos, materiales, tangibles, en los que se basó semejante adoración religiosa a lo largo de los siglos nos parecen a todos completamente claros. Desde las épocas más tempranas del Egipto faraónico –acaso antes incluso– los egipcios tuvieron una extraordinaria conciencia del papel vital que el Nilo desempeñaba en sus vidas cotidianas, de lo que significaba para el mantenimiento de su sistema de vida y de su sociedad. El río era la fuente básica y esencial de riqueza para el país, para bien y para mal, pues era portador de los mayores beneficios (cosechas abundantes y variadas, prosperidad), pero también de los mayores desastres colectivos o individuales (sequías, hambre, pobreza, desestabilización social); un verdadero desastre es en efecto el que sufrió una propietaria de Oxyrhyncho que en el año 131 d. C. se vio en una situación muy apurada al tener que hacer frente a los cuantiosos daños que un desbordamiento excesivo del Nilo le ocasionó

2. El epíteto *ἱερώτατος* referido al Nilo comenzó a introducirse regularmente en la documentación papirológica a partir de las primeras décadas del siglo II d.C., siendo utilizado con frecuencia a lo largo de toda la época romana hasta por lo menos el s. VI (como evidencia la inscripción conmemorativa de una crecida publicada por E. BERNAND: *Les inscriptions grecques et latines de Philae II, Haut et Bas Empire*, vol. II, Paris 1969, n.º 187). El rastreo de este epíteto en las fuentes epigráficas y papirológicas está hecho por D. BONNEAU: «La divinité du Nil sous le Principat en Egypte», *ANRW* II.18.5, 1995: 3195-3215, cit. 3201-3204.

en los edificios, diques y campos de sus propiedades agropecuarias, situación que estuvo a punto de abocarla a la ruina y al hambre (cf. *P.Oxy.*, III.486). El Nilo también modeló en Egipto una sociedad campesina y una economía productiva agrícola y ganadera. Su régimen hidrológico y su comportamiento estacional organizaron a su vez, desde el principio de los tiempos, el ritmo de vida del país a través del calendario agrícola, el institucional y el religioso. En fin, el río fue sin la menor duda la columna vertebral de Egipto al ser su principal vía de comunicación y el principal elemento vertebrador de su territorio.

Pero desde una perspectiva genuinamente egipcia, más que de culto *al Nilo*, debemos hablar en sentido estricto de culto *a su inundación anual*. La inundación del país provocada por el desbordamiento periódico del cauce fluvial, fue el verdadero elemento hidrológico sobre el que se asentó la milenaria veneración religiosa al río egipcio. Por esta razón, y pese a la omnipresencia del Nilo en la vida de los egipcios, éstos nunca le identificaron con una divinidad concreta, como tampoco necesitaron reconocerlo con un hidrónimo, pese a que Diodoro Sículo (I.19.4 y 63.1), apoyándose en un verso de Homero (*Odisea*, XIV.258), menciona –erróneamente– que en los tiempos más antiguos el río era conocido con el nombre de «Egipto»³. Para el egipcio «el río» (*lterw*, en la milenaria lengua vernácula) no podía ser otro que el Nilo, uso que pervivió a lo largo de los siglos sin temor a confundir a nadie, ya fuera en los textos litúrgicos más antiguos de época faraónica (cuando por ejemplo en el *P.Brooklyn* 47.218.84, XVI.6, se menciona que el cuerpo mutilado de Osiris «fue arrojado al río por Set»), o ya fuera en los textos postreros del Mundo Antiguo, cuando en ellos por ejemplo se menciona que «Shenoute cruzó el río...» (en la biografía del *Apa* Shenoute elaborada por su discípulo Besa en el siglo V d. C.⁴), o bien: «con respecto al agua del río...» (en la biografía del *monachos* Antonio elaborada por el obispo alejandrino Atanasio un siglo antes⁵). Sabemos todos y es evidente para todos que el hidrónimo *Νεῖλος* no fue sino una elaboración griega que cuajó y se extendió rápidamente, eso sí, en fechas muy tardías teniendo en cuenta la escala del tiempo histórico de la antigua civilización egipcia.

Muy recientemente Francisco Parreu ha recordado que ese hidrónimo se encuentra por primera vez en Hesíodo cuando el poeta comenta que *Neilos* era hijo de los titanes Tetis y Océano (*Teogonía*, 338, ed. *BL*, 1977: 44), y que Diodoro Sículo (I.19.4 y 63.1) explicaba que la denominación que nos resulta tan familiar del río egipcio es una derivación del nombre de *Νεῖλεός*, supuesto –y desde luego desconocido– faraón egipcio, el cual, según el mismo cronista griego (y solamente él, pues no consta en Heródoto ni en Manetón), fue al parecer digno de memoria en los libros sagrados por su constante preocupación de convertir «el río» en una fuente constante de bienestar y prosperidad para su pueblo⁶. Desde luego la identificación religiosa y simbólica de los faraones con el Nilo

3. Tales errores no son extraños entre los escritores grecorromanos. Aristóteles menciona que el nombre más antiguo del propio Egipto fue «Tebas» (*Meteorologica*, I.14, 351b 33-34, ed. Loeb, 1952: 110).

4. Cf. *Sinuthii archimandritae vita et opera omnia*, vol. III: 102 y 122 (*CSCO* 96), trad. D.N. BELL: *Besa. The Life of Shenoute*, Kalamazoo (Michigan), 1983: 72 y 77.

5. Cf. Atanasio, *Vit. Ant.*, 32.1, trad. P. RUPEREZ, intr., trad. y not.: *Atanasio. Vida de Antonio*, Madrid: Biblioteca de Patrística 27, 1994: 67.

6. F. PARREU: *Diodoro de Sicilia. Biblioteca Histórica (libros I-III)*, Madrid, ed. Gredos, 2001: 68. Diodoro menciona también que el tal Neileos estaba emparentado con la familia de Dánao a través de la abuela de éste, Menfis.



FIG. 1: Hâpy, en su habitáculo pedregoso, sujeta dos vasos emanantes de los que brota la crecida. Bajorrelieve del s. II d.C., «Puerta de Adriano», templo de Isis en Philae (D. WILDUNG, *Egipto*, Colonia, 2001: 211).

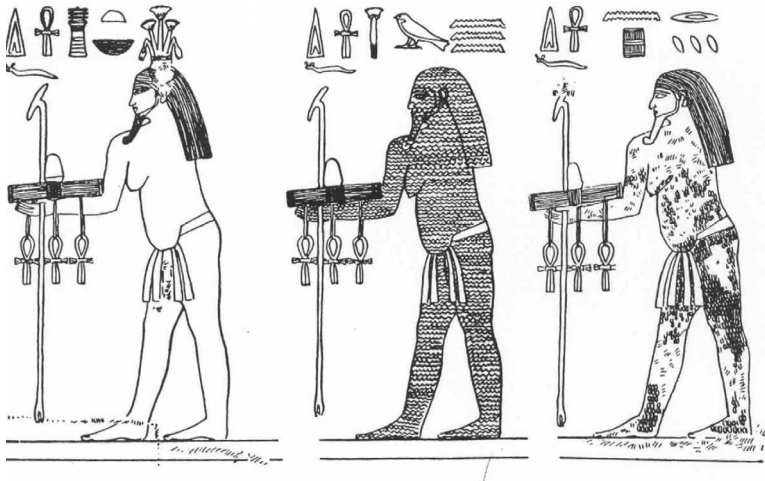


FIG. 2: Hâpy y otros «genios de la fecundidad» portando mesas de ofrenda funerarias. Templo funerario de Sahure en Abusir, dinastía V (dibujo de E. HORNING, *op. cit.*, 1982: 78).

era habitual⁷, lo que posteriormente se extendió a los gobernantes extranjeros del país, emperadores romanos incluidos, los cuales se proclamaron también «Nilos de Egipto»: sin duda debió ser éste el eslabón que propició la vinculación del epónimo del «faraón» Neileo con el hidrónimo «Nilo».

Pero la deidad fluvial a la que en verdad el Egipto faraónico rindió culto y adoración fue Hâpy (*h'py*), la cual estaba vinculada precisamente al origen de la inundación, al poder nutricional y regenerador de las aguas del río (Nilo), y a los benéficos efectos que aquélla obraba sobre el país. Hâpy era realmente concebido como el genio fecundante del río, y uno especialmente relevante en el grupo de otros genios de la fecundidad relacionados con el mar y con los ambientes lacustres y pantanosos (fig. 2)⁸. En un grupo de estelas grabadas por varios reyes de la dinastía XIX procedentes de Gebel Silsileh, en el área de la Primera Catarata, aclaman y alaban a Hâpy asegurando que «es el que hace vivir al Doble País: manjares y alimentos solo existen cuando él está gordo»; o también: «Tú (Hâpy) eres poseedor de peces, rico en grano, gratificas a Egipto saciándole de agua, tú eres su vida, pues a tu llegada sus panes de ofrenda se multiplican, y sus mesas son colmadas»⁹. El sentido último de esta veneración a Hâpy (y de Neilos posteriormente), la relevancia y significación de su culto y de los propios festivales que se le dedicaron a lo largo del tiempo, era invocar y rogar para que liberara una inundación generosa, abundante, *óptima*, lo que no solo quería decir que el volumen de agua de la crecida fuera copiosa y suficiente, sino que también llegara a su debido tiempo y que se extendiera por la mayor cantidad posible de campos de cultivo (pero, como ya dije, no más allá).

Hâpy tenía su habitáculo en una caverna oculta entre el pedregoso paraje de Elefantina, desde la cual hacía brotar todos los años una cantidad suficiente de agua y limo para fertilizar las tierras cultivadas (de ahí la ubicación concreta de las estelas señaladas antes) (fig. 1). Se le representaba en la plástica y en los textos como un genio andrógino, marcadamente obeso, con los pechos colgando y con una prominente barriga, luciendo un tocado compuesto por plantas de papiro y lotos, y siempre portando entre sus brazos bandejas con los productos propios del Nilo: flores, pescados, frutas, legumbres... (figs. 2-4). Hâpy se apartaba por lo tanto de las formas zoomorfas características del panteón egipcio que tanta repulsión despertaron entre griegos y, sobre todo, romanos; pero esa forma antropomorfa a su vez le igualaba con las más antiguas deidades egipcias de carácter cósmico: Geb (la tierra), Nut (el cielo), Nun (el océano primordial), Shu (el aire o espacio aéreo), Atum (la luz original de la Creación), todas ellas representadas igualmente con formas humanas.

Hay que decir en este punto que la sólida y muy elaborada construcción mítica en la que se asentaba la existencia de Hâpy y su papel fecundante —ya de por sí perfectamente

7. E. HORNING: «El faraón», en S. DONADONI, ed., *El hombre egipcio*, Madrid (ed. orig. Roma-Bari, 1990), 1991: 311-340, cit. 314 y 326.

8. E. HORNING: *Conceptions of God in Ancient Egypt. The One and the Many*, Ithaca (N.Y.), 1982: 79 nn. 48 y 49.

9. Las estelas están comentadas y traducidas por P. BARGUET: «Les stèles du Nil au Gebel Silsileh», *BIFAO* 50, 1952: 49-63. Las mismas aclamaciones y loas se encuentran —formando extensas letanías— en el denominado «Gran Himno a Hâpy», compuesto en los inicios del Imperio Medio o quizá en épocas algo anteriores, y preservado en un buen número de papiros de la dinastía XVIII (ver al respecto M. LICHTHEIM: *Ancient Egyptian Literature*, 3 vols., Berkeley, 2006² (ed. orig. 1973-1980), vol. I: 205).

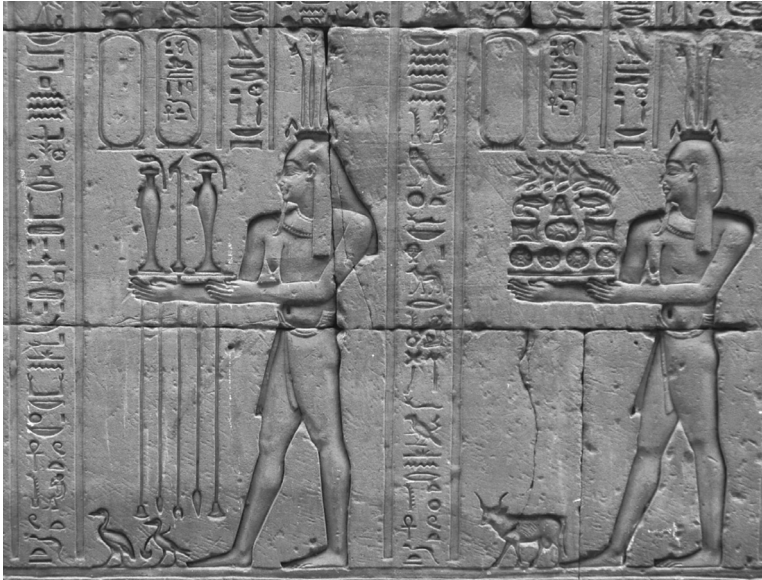


FIG. 3: Hileras de Hâpys ofrendando en el deambulatorio externo del templo de Edfú (foto del autor).



Fig. 4: Dos Hâpys representando al Alto y Bajo Egipto se «atan» al nombre del faraón. Laterales del trono de Ramsés II. Primer pylon del templo de Luxor (foto del autor).



FIG. 5: Neilos apoyado en un cocodrilo y sosteniendo una cornucopia y una espiga de trigo. Frente a él la cifra «16» en griego (Ις´) que hace referencia a la altura –en codos– de la crecida nilótica que se consideraba óptima. Drachma de Adriano en la Universidad de Princeton (S. H. AUTH, «Significance of Egyptian, Classical and Christian Themes in Coptic Art», en M. IMMERZEEL, J. VAN DER VLIET, eds., *Coptic Studies on the Threshold of a New Millennium (proceedings of the Seventh International Congress of Coptic Studies, Leiden, 2000)*, 2 vols., Lovaina, 2004: 1141-1158, cit. 1150).

cimentada en la fenomenología del régimen hidrológico del Nilo desde épocas muy tempranas– fue sin duda otro de los factores que explican el éxito y la larga pervivencia de su veneración religiosa. En esencia digamos al respecto que el Nilo era considerado un resurgimiento del Nun, es decir, del océano primordial relegado a los confines del Universo por la Creación en el que se hallaban los manantiales del río. La misma crecida del Nilo era considerada una de las cuatro obras más importantes de la Creación citadas en los llamados *Textos de los Sarcófagos*, de hacia el año 2.100 a.C. (CT VII.462d-464f, ed. Buck), y una de las que compendian el éxtasis de la felicidad a la que aspiraba el país entero, desde el rey hasta el último campesino (P.Sallier, I.8.7-10)¹⁰. Pero si el Nun primigenio era el origen del Nilo, Hâpy era una creación de Khnum, el Gran Alfarero de la Humanidad, una de las divinidades supremas responsables de la Inundación –aunque no la única, pues la lista se fue acrecentando a lo largo del tiempo– y Señor absoluto de la Primera Catarata, entre cuyas rocas «aparecía» Hâpy todos los años, haciendo brotar la crecida anual por su mediación.

10. Sobre el papel que desempeñó el Nilo en el más temprano imaginario mítico de los egipcios y en sus más antiguas cosmogonías, ver B. MENU: «Les cosmogonies de l’Ancienne Égypte», en *La création dans l’Orient ancien. Congrès de l’ACFEB (Lille, 1985)*, Paris, 1987: 97-120; E. HORNING: *El Uno y los Múltiples. Concepciones egipcias de la divinidad*, Madrid, 1999 (ed. orig. Darmstadt, 1971; trad. inglesa 1982, cf. *supra*): 104 y 166-168; C. STRAUSS-SEEBER: *Le Nil. Aux sources de l’Égypte antique*, Paris, 2007: 115-135.

Por contra, desde la óptica griega y romana el Nilo tuvo el rango de una auténtica divinidad que llegó a ser reconocida como la deidad fluvial por excelencia. Su patrón iconográfico –de origen helenístico y alejandrino– acabaría imponiéndose al de todas las demás: un anciano de poblada barba tocado con coronas y diademas de rosas y cinamomos, símbolos de la abundancia y fertilidad, recuerdo del milenario tocado de Hâpy compuesto de plantas nilóticas. Se le representaba casi siempre reclinado sobre un lecho, apoyado en cocodrilos, hipopótamos o esfinges, y sosteniendo cornucopias cargadas de frutas o de espigas de trigo (fig. 5). Cuando aparece acompañado de niños –con frecuencia–, el número de éstos simbolizaba la altura óptima y deseable de la inundación. Por todo ello, los griegos, siempre tan afinados para crear términos y apelativos, supieron aprovechar la omnipresente cualidad nutricia y fertilizante de la crecida anual para apodar al río «portador de frutos», «fructífero», «el que trae la abundancia», etc. (*καρποφόρος*)¹¹, si bien no fue ni mucho menos el único sobrenombre que le otorgaron¹².

Roma en particular intentó dotar a la divinidad «Nilo» y a su culto de un carácter «nacional», esto es, despojarle de sus rasgos más «locales» para convertirlo en una devoción *pan-egipcia*. Para ello extendieron por doquier la ya comentada iconografía de la divinidad fluvial; asociaron la figura del emperador con la del dios Neilos, convirtiendo a ambos en símbolos de las buenas cosechas, encarnaciones de la prosperidad del país, garantía del retorno de la crecida y de un prudente gobierno. Así ocurre en los relieves de los templos de Philae y de Hathor en Dendur, éste al sur de la Primera Catarata, en los cuales el *princeps* Augusto se hizo representar acompañado por el viejo Hâpy¹³, y también en las acuñaciones monetales, en las que sus sucesores no dejaron de hacerse representar acompañados con Neilos en los reversos¹⁴. Adriano incluso insertó en uno de sus cinco nombres oficiales en lengua egipcia el epíteto «amado del Nilo»¹⁵. Acorde con la misma tradición milenaria del país, un epígrafe procedente del *mammisi* de Philae

11. Cf. papiros SB 4086.1, 8672.1 y 8673.1.

12. El ingenio griego aprovechó otro rasgo del río –el color de sus aguas– para apodarlo «Oscuro», «Sombra», *Μελας* (D. BONNEAU: *op. cit.*: 3198), nombre que también portaba uno de los arroyos que flanqueaban el campamento de Jerjes en el paso de las Termópilas, en el sur de Tesalia. En el llamado Gran Himno a Hâpy, compuesto en los inicios del Imperio Medio, o quizá en épocas algo anteriores, ya se menciona esa «oscuridad» característica de las aguas del Nilo, y no porque parecieran tenebrosas o lóbregas, sino por delatar la profundidad del cauce por el que discurrían («oculto de naturaleza, oscuro en pleno día», se dice en el *P. Sallier* II, 11.6, trad. M. LICHTHEIM: *op. cit.*, I: 204-210).

13. *Philae*: H. JUNKER, E. WINTER: *Das Geburtsbaus des Temples der Isis in Phila*, Vienne, 1965: 263; H. HEINEN: «Vorstufen und Anfänge des Herrscherkultes im römischen Ägypten», *ANRW* II 18.5, 1995: 3144-3180; J. WHITEHORNE: «The Pagan cults of Roman Oxyrhynchus», *ANRW* II 18.5, 1995: 3050-3091, cit. 3056 y s.; y H. WILLEMS, W. CLARYSSE, eds.: *Les empereurs du Nilo*, Lovaina, 2000; *Dendur*: cf. IFAO *Dendara* VII, 1972, y XII, 2007.

14. Múltiples ejemplos en G. MISSERE, F. MISSERE FONTANA: «La monetazione imperiale del dio Nilo ad Alessandria d'Egitto e a Roma», en *Atti e Memoria. Accademia Nazionale di Scienze lettere e Arti di Modena*, Modena, 1989-1990; E. CHRISTIANSEN: *Coinage in Roman Egypt. The Hoard Evidence*, Londres, 2004; y especialmente S. BAKHOUM: *Deux égyptiens à Alexandrie sous les Antonins. Recherches numismatiques et historiques*, Paris, 2002: 93-104.

15. Cf. J.-C. GRENIER: «Traditions pharaoniques et réalités impériales: le nom de couronnement du Pharaon à l'époque romaine», *Egitto e Storia antica dall'Ellenismo all'età araba*, Bologne, 1989: 403-420, cit. 410 y 416 n. 18.

proclama al emperador Augusto «Nilo de Egipto, que inunda el país de alimentos»¹⁶, o también, en el mismo contexto epigráfico, «hijo de Râ, señor de las coronas, amado de Ptah y de Isis, hacedor de la Crecida del Nilo y responsable de la prosperidad del País»¹⁷.

Se produjo además en época romana una evolución muy notable, determinante a mi juicio para la perduración del culto: la crecida estacional (Hâpy) siguió siendo el elemento central de la piedad popular, mientras que Neilos lo era del culto oficial y público que los gobernantes no dejaban de potenciar porque podían moldearlo a imagen y semejanza de sus propias divinidades, haciéndolo inteligible y perfectamente aceptable a sus propios súbditos griegos y romanos. Está claro que el hidrónimo griego Neilos acabaría triunfando sobre el egipcio y nativo Hâpy; no hubiera podido ser de otra forma entre dominadores y dominados. Pero la entidad «río» de Neilos no se impondría sobre la entidad «crecida» (de Hâpy): al revés, los himnos y cantos de invocación y glorificación al Nilo de época romana y tardorromana no dejan lugar a dudas, porque resumen y centran inequívocamente en Neilos *todas las cualidades positivas de la Crecida* (Hâpy): fertilidad, fecundidad, regeneración vital, prosperidad, vida...¹⁸. Seguía pues poniéndose el acento en su milenaria cualidad de καρποφόρος. Se podría así decir que el egipcio Hâpy permaneció oculto y protegido detrás de las barbas del griego Neilos, al que insuflaba vida y poderes. Tampoco se impondría el culto público y estatal sobre la piedad popular y privada: aquél acabó su recorrido histórico mucho antes que ésta, la cual no solo aguantó indemne la expansión cristiana por el país y la inmediata persecución religiosa del politeísmo egipcio, sino que incluso traspasó sin aparente daño la frontera del propio Mundo Antiguo, instalándose cómodamente en el calendario religioso copto y en las costumbres populares y festivos del Egipto medieval¹⁹.

Dicho todo lo cual, no es extraño por consiguiente que el objeto de admiración del hombre antiguo (y especialmente de griegos y romanos) no fuera el Nilo como curso de agua, sino el Nilo como instrumento o vehículo del fenómeno de la inundación anual.

16. Cf. H. JUNKER, E. WINTER: *op. cit.*: 263.

17. H. HEINEN: *op. cit.*: 3144-3180; también J. WHITEHORNE: *op. cit.*: 3056 y ss.

18. Así es en los himnos y cánticos particulares que estudian R. CRIBIORE: «A Hymn to the Nile», *ZPE* 106, 1995: 97-106, cit. 98-100, de finales del s. III o inicios del IV d.C., y también D.L. PAGE: *Literary Papyri*, Cambridge, Mass., 1941: 147.2, del v-vi d.C.; o en los que contienen los *P.Oxy.* III.425, del siglo II-III d.C.; *P. Turner* 10.3, del VI; y *P.Lit.Lond.* 239.20.

19. Es curioso cómo el calendario copto transmutó la veneración a Neilos/Nilo en el arcángel San Miguel. Éste en efecto sustituyó en el imaginario cristiano al dios Thot como entidad religiosa mediadora de la crecida (A. MARTIN: *Athanasie d'Alexandrie et l'église d'Égypte au IVe siècle (328-373)*, Roma, 1996: 150 y n. 155; L. KÁKOSY: «Problems of the Thoth-Cult in Roman Egypt», *Acta Antiqua Academiae Scientiarum Hungaricae* 15, Budapest, 1963: 123-128), y en este papel se le dedica una conmemoración mensual en los días centrales de cada mes (el calendario copto completo y comentado en O.E.A. MEINARDUS: *Two Thousand Years of Coptic Christianity*, El Cairo/Nueva York, 2002 (reimpresión de la ed. orig. de 1999): 286 y ss), así como también varias fiestas importantes, entre ellas la del Año Nuevo del cristianismo copto en Egipto, que coincide —o coincidía— con la fecha en la que la crecida del Nilo alcanzaba normalmente su altura máxima, sobre el 11 de Septiembre (sobre el tema ver R.W.B. DOUS: «The Nile Service. Ἀκολουθία τοῦ Νείλου», *Actes du 8^e Congrès Internationale d'Études Coptes* (Paris, 2004), *Orientalia Lovaniensia Analecta* 163, Lovaina, 2007: 425-438, cit. 425-426), cosa que ya no sucede desde el verano de 1964, cuando Egipto recibió del Nilo su última inundación (ver el relato que sobre la misma hace J. FEENEY: «The Last Nile Flood», *Saudi Aramco World* 57.3, 2006: 25-32, cit. 30).

Autóctonos y extranjeros apreciaban y veneraban, no tanto a Neilos como río, sino a la acción nutricia de la que era capaz, gracias justamente a la crecida anual, previsible y tangible, y que era vista como un fenómeno portentoso y admirable por el observador foráneo. El romano Séneca, que en su juventud lo había contemplado *in situ*, calificaba de visión maravillosa cómo desaparecían los campos y valles anegados por las aguas, y cómo al final permanecían visibles, como islas, los poblados y aldeas²⁰; en términos casi idénticos se habían expresado mucho antes Heródoto (II.97.1) y Diodoro Sículo (I.36.8), otros dos insignes espectadores de la inundación, llegando ambos a comparar la contemplación de esas «islas» con el paisaje de las Cícladas²¹. Esta imagen concreta de las aguas del Nilo ascendiendo y creando «islas» allí donde no las había el resto del año, y aquella otra que asemejaba la inundación estacional con las «olas de una inmensa pleamar» (ofreciendo de paso el peculiar espectáculo de ver a «peces y bueyes juntos»), debieron ser en efecto lo suficientemente impactantes como para que a lo largo de los siglos se repitieran por todos aquellos escritores que tuvieron oportunidad de contemplar el fenómeno en cuestión²².

Igualmente, la preeminencia de los beneficios que aportaba la crecida estacional, sobre las cualidades físicas, hidrológicas, del río en sí mismo, fue una opinión compartida, aceptada y loada por todos los escritores a lo largo de toda la época grecorromana y hasta el final de la propia Antigüedad. La universalmente conocida sentencia de Heródoto acerca de la relación estrecha de Egipto con el Nilo («[Egipto] es un regalo del Nilo», II.V), que compendia perfectamente esa opinión unánime, era evocada otra vez por Aristóteles casi un siglo más tarde: «El conjunto del país es claramente un sedimento del Nilo» (καὶ πᾶσα ἡ χώρα τοῦ ποταμοῦ πρόσχωσις οὔσα τοῦ Νείλου, *Meteorologica*, I.14, 351b 29, ed. Loeb, 1952: 110), y añade algo más adelante: «Respecto al país de los egipcios, a quienes se les supone ser los más antiguos de la raza humana, parece que toda su tierra se hizo por obra del río» (οὐκ ψάρ φαμεν ἀρχαιοτάτους εἶναι τῶν ἀνθρώπων Αἰγυπτίους, τούτων ἡ χώρα πᾶσα γεγονυία φαίνεται καὶ οὔσα τοῦ ποταμοῦ ἔργον, *Ibid.*, 352b 20, ed. Loeb, 1952: 117). Siglos más tarde, en época romana, Porfirio seguía evocando el postulado herodoteo: «...la tierra más sagrada (Egipto), aquella que fue creada por el Nilo...» (...τὴν ἱερωτάτην ὑπὸ τοῦ Νείλου κτισθεῖσαν χώραν..., *De l'abstinence*, II.5.1, ed. Budé, 1979: 74), y lo mismo un anónimo peregrino romano que dejó grabado un epigrama sobre los muros del templo de Isis en Philae: «al Nilo, Egipto debe su dicha»²³. Casi un milenio después

20. *Naturalium Quaestionum*, IVa.2.11: *illa facies pulcherrima est cum iam se in agros Nilus ingressit: latent campi apertaque sunt valles, oppida insularum modo extant...* Con todo, P.H. SCHRIJVERS piensa que se trata de una visión algo idealizada por la juventud del ocasional observador romano (cf. «A literary view of the Nile mosaic at Praeneste», en *Proceedings of the IIIrd International Conference of Isis Studies: «Nile into Tiber: Egypt in the Roman world»* (Leiden, May 2005), eds. L. BRICAULT, M.J. VERSLUYS, P.G.P. MEYBOOM, Leiden, 2007: 223-239, cit. 228).

21. Diodoro, que vio las crecidas de los años 59-56 a.C., dice: Καὶ τῆς μὲν χώρα οὔσης πεδιάδος, τῶν δὲ πόλεων καὶ τῶν κωμῶν, ἔτι δὲ τῶν ἀγροικιῶν κειμένων ἐπὶ χειροποιήτων χωμάτων, ἡ πρόσχωσις ὁμοία γίνεται ταῖς Κυκλάσι.

22. Cf. Plutarco, *De Is. et Os.* 377A, y Aelio Arístides, 36.32 (*Olas de mar*). Heród., II.97.1; Diod. Síc., I.36.8; Amr ibn al-'As (*apud* A.J. BUTLER: *The Arab conquest of Egypt* (ed. P.M. Fraser), Oxford, 1978²: 433), y el testimonio de JOHN FEENEY: *op. cit.*: 30 (*formación de islas*); Aquiles Tacio, IV.12 (*peces junto a bueyes*).

23. E. BERNAND: *op. cit.*: 128, n.º 158: Νείλου βαθὺ χεῦμα ὅς Αἰγυπτον πολύλοβον.

de Heródoto aún seguía siendo repetida por el orador antioqueno Libanio en la segunda mitad del siglo IV (αὐτῇ [Egipto] δὲ ἔργον τοῦ Νείλου, *Or.* XXX.35, ed. Loeb, 1977: 130), y de modo más explícito el anónimo autor de la *Expositio Totius Mundi et Gentium* (redactada hacia los años 359-360), que manifestaba primero su asombro por la visión omnipresente en Egipto de un cauce de agua inmenso hendiendo las arenas del desierto y fluyendo sin cesar de sur a norte (*Nilus veniens rigat omnem faciem terrae*²⁴), para afirmar a continuación que la crecida del río egipcio era una enorme bendición (*magna benedictione*) de la que se beneficiaban no solo la «divina» provincia de Egipto, sino también la capital del Imperio –Constantinopla– y el resto de las provincias orientales²⁵, justamente porque «la periódica inundación –argumentaba– dona todos los productos de la tierra: trigo, cebada, legumbres y vino en abundancia» (*et fructum fert omnem, ... triticum autem, hordeum, legumen et vinum abundanter*, *Ibid.* XXXIV.5-6). Así pues, Egipto y una parte sustancial del Imperio se habían convertido para entonces en un «regalo del Nilo». Casi trescientos años más adelante, el conquistador árabe de Egipto, Amr ibn al-'As, le dedicaría en la mitad del siglo VII unos almiarados versos a la maravilla que obraba anualmente el desbordamiento del Nilo sobre el conjunto del país, «tornándolo primero una perla blanca, luego un ámbar dorado, más tarde una esmeralda verde, y finalmente un bordado multicolor»²⁶.

En todo caso, estos testimonios y referencias son solo un pálido reflejo de lo que la crecida significaba realmente para la propia civilización que alumbró la veneración al río Nilo, para Egipto y sus habitantes. Lo compendia bien, por ejemplo, una corta narración procedente de la dinastía XXI, o quizá ya XXII, en la que un sacerdote egipcio llamado Unamón narra un desgraciado episodio de su vida cuando en cierta ocasión se encontró en calidad de emisario real en los puertos fenicios de Dor y Biblos (*P.Moscow* 120)²⁷. La misión se complicó demasiado, por lo que muy a su pesar se encontró desesperanzado de regresar pronto a su país. En este estado de ánimo, un escriba del príncipe fenicio que había causado sus desgracias se le acercó para preguntarle por los motivos de su desconsuelo, y Unamón le respondió sin dudar: «¿No ves los pájaros migratorios que descienden hacia Egipto? Míralos, van hacia las *aguas que crecen*. ¿Hasta cuándo estaré yo aquí abandonado?». Con esta simple alegoría, que sin duda evocaba la familiar crecida anual, el egipcio Unamón resumía su verdadera importancia: la crecida lo era todo para él y para su país; la crecida era Egipto mismo.

Sin ella nada hubiera sido como fue. Hâpy venció a Neilos.

24. *Expositio*, XXXIV.4-5, ed. SC, vol. 124: 168.

25. *Idem*, XXXVI.15, ed. SC, vol. 124: 172-173: *Constantinopolis enim Thraciae ab ea quam plurime pascitur; similiter et orientales partes*.

26. Cf. *apud* A. J. BUTLER: *op. cit.*: 434.

27. *Apud* J. LÓPEZ: *Cuentos y fábulas del Antiguo Egipto* (ed. Revisada por J. Cervelló y D. Rull), Barcelona, 2005: 193-211.